Adam Shatz,
La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Frantz Fanon,
Barcelona, Debate, 2024, 512 páginas

Hay libros que reclaman un lugar en el campo que estudian y, al mismo tiempo, lo expanden y/o también lo desacomodan un poco. *La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Frantz Fanon*, de Adam Shatz, entra bastante bien en esa categoría. Shatz, editor literario de la *London Review of Books* y alguien que conoce muy bien los mundos intelectuales, arma una biografía como vía de entrada a un problema más amplio: el de la violencia colonial en el tiempo largo y sus efectos sobre las subjetividades.

El resultado es un texto exigente, pero que se deja leer con bastante claridad, y eso no es tan habitual en trabajos que se mueven entre la historia intelectual y la narrativa autobiográfica.

El trabajo de Shatz se inscribe en un universo ya bastante recorrido: el de la recepción crítica de Fanon, que a esta altura funciona casi como una tradición propia, pero no se limita a repetirlo. Hay un gesto metodológico claro en el modo en que decide entrar, poniendo el foco en la clínica (en la práctica psiquiátrica concreta) como el espacio desde el que Fanon pensó la colonización. No como metáfora, sino como experiencia material. Los hospitales, los manicomios, las salas donde el colonizado y el colonizador se encontraban en la asimetría más íntima posible –la del enfermo y el médico– son también los espacios donde se forjó la teoría. En ese sentido, la obra no solo informa la vida de Fanon, sino que participa de la discusión teórica sobre los modos en que la práctica clínica puede volverse un dispositivo crítico del orden colonial.

Shatz traza un recorrido biográfico que, por su amplitud, dialoga con textos cruciales de los estudios poscoloniales y decoloniales. Aunque resulta bastante sorprendente para una empresa de esta naturaleza que haya ausencias notables en ese diálogo con gran parte de las lecturas fenomenológicas y poscoloniales hechas sobre Fanon en inglés y español en los últimos veinte años. Si somos muy exigentes en la lectura podríamos decir que es un déficit real de un estudio que hace cruces importantes con el registro filosófico.

El volumen se organiza en cinco partes que siguen los desplazamientos de Fanon: Martinica, la guerra, Lyon, Argelia, el exilio en Túnez y el continente africano como horizonte y también como problema. Esa cartografía no funciona solo como ilustración; en buena medida está ahí el argumento. Cada traslado es también una crisis de identidad y una reconfiguración de las lealtades en Fanon. Por ejemplo, de la identificación con la Francia republicana al desengaño en el frente, del desengaño a la práctica psiquiátrica en Blida-Joinville, de la práctica clínica a la militancia en el FLN. Lo que permite a Shatz sostener esta vasta narración sin perder el hilo argumentativo es, precisamente, su capacidad para mostrar la coherencia y las contradicciones que atraviesan todos esos momentos.

Diría que el mérito de este estudio reside en que no santifica a Fanon. En el prólogo, Shatz declara su admiración por la audacia intelectual, la valentía física, el compromiso con la dignidad, pero al mismo tiempo aclara que esa admiración no es incondicional. Sostener esa posición no es sencillo, sobre todo porque Fanon tiene hoy una dimensión simbólica muy fuerte en los debates sobre la descolonización del saber y de las instituciones. Aun así, Shatz logra configurar esa posición con honestidad intelectual. Señala las ilusiones, las rendiciones tácticas, los momentos en que "el hombre que interroga" –una expresión del propio Fanon, tomada de la oración final de *Piel negra, máscaras blancas*– calló o miró hacia otro lado.[1] Entiendo que no lo hace con el regodeo del desmitificador, sino con la misma disposición interrogativa que atribuye a su biografiado.

[1] Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1722

Un punto crucial del análisis de Shatz es la figura del extranjero, tomada de Georg Simmel, como clave para leer la trayectoria de Fanon. No el nómada que llega y parte, sino el que llega y se queda. El que nunca termina de pertenecer, pero tampoco de marcharse. Fanon fue ese extranjero en cada uno de los espacios que habitó: martiniqués en el ejército francés, antillano entre los argelinos, negro en la resistencia norteafricana, laico en el FLN, árabe sin serlo. Esta condición de extranjero persistente, lejos de presentarse como déficit, es –en el argumento de Shatz– la condición de posibilidad, podríamos decir, de su privilegio epistemológico. Porque esa apertura le permitió escuchar lo que los más próximos no podían decirse. Esto resulta muy interesante porque el psiquiatra es también, en esta lectura, una figura del extranjero que escucha confesiones que solo se hacen a quien no pertenece del todo.

El análisis de la formación intelectual de Fanon es, quizás, uno de los momentos más ricos del libro. Shatz reconstruye con cuidado los vínculos con la negritud, en especial con Aimé Césaire como primer padre intelectual adoptivo, Léopold Sédar Senghor como interlocutor crítico, y la manera en que Fanon se apropió y a la vez se distanció de ese universo. Lo que se llevó de Césaire no fue la esencia de lo negro, sino su dimensión inventiva, su carácter de proyecto dinámico y no de recuperación arqueológica. Y lo que rechazó de Senghor fue precisamente la tentación esencialista, es decir, la idea de una "razón negra" que replicase, con signo invertido, los binarismos del pensamiento racial europeo. Este movimiento doble de apropiación y distancia es el que Shatz muestra como constitutivo del pensamiento de Fanon en todas sus etapas.

La sección dedicada a la práctica psiquiátrica en Blida-Joinville, el hospital donde Fanon ejerció entre 1953 y 1956, es, a mi juicio, la más lograda. Allí se entiende con claridad el nudo que el autor quiere desatar: que la psiquiatría reformista, la que buscaba humanizar las instituciones de confinamiento, era también un modo de ser cómplice del orden colonial, porque ese orden era el que producía los síntomas que la clínica intentaba tratar. Fanon lo vio con una lucidez que, según Shatz, lo llevó a concluir que la reforma no era suficiente y que quizá era, en el fondo, una mentira. En otras palabras, no se podía sostener la promesa de curar dentro de las mismas condiciones que enfermaban. Pero la conclusión –la militancia en el FLN, la apuesta por la violencia regeneradora– tampoco se presenta como solución limpia. Las páginas que Shatz dedica a los casos clínicos de *Los condenados de la tierra*, especialmente el de los soldados franceses torturadores y los combatientes argelinos traumatizados, muestran que Fanon era perfectamente consciente de que la violencia dejaba marcas profundas.[2]

Hay, con todo, una tensión que la investigación no termina de resolver, aunque la enuncia con relativa claridad. Shatz señala repetidamente que Fanon, al simpatizar con el movimiento independentista argelino, se volvió partícipe de una rebelión que "pocas veces era armoniosa y menos aún metafísica", y que las vivencias de esa lucha generaron "casi tantas ilusiones como revelaciones".[3] Pero la evaluación de esas ilusiones –es decir, pensar qué exactamente falló, por qué, con qué consecuencias– queda esbozada antes que desarrollada. En esa dirección, el libro aparece más como una biografía intelectual y política y menos como una reconstrucción de los límites específicos del proyecto fanoniano y de las razones de su parcial fracaso, si se puede hablar en estos términos. Eso no es un defecto, claro está, pero conviene advertirlo para quienes busquen en Shatz una respuesta a las preguntas que Fanon dejó sin cerrar.

Comparado con dos grandes biografías previas, la de David Macey y la de Alice Cherki, el trabajo de Shatz intensifica la conexión de la experiencia clínica con la escritura filosófica y con la acción política, sin que ninguno de esos registros domine sobre los otros.[4] También me parece interesante su voluntad de situar a Fanon en el tiempo largo de las luchas anticoloniales africanas, en lugar de leerlo

[2] Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

[3] Schatz, *La clínica rebelde*, p. 20.

[4] David Macey, *Frantz Fanon. A Biography,* Nueva York, Picador, 2000; Alice Cherki, *Frantz Fanon. Portrait*, París, Seuil, 2000.

principalmente como teórico de la violencia o como precursor de los estudios poscoloniales. En realidad, si eso es un problema, vale la pena pensarlo en relación con los contextos de lectura de la escritura de Fanon, es decir, en la clave de lo que cada contexto produce en relación con ella. Señalo esto porque muchas veces, tras esa suerte de voluntad histórica existe un olvido concreto de que las prácticas de lectura en contextos cambiantes son las que definen las operaciones de los textos. Fanon fue un luchador anticolonial –no queda margen para pensar de otra manera–; sin embargo, también su escritura hizo posible la emergencia o el reencendido de conceptos y categorías que de otro modo hubieran permanecido clausurados en su contexto de emergencia.

De todos modos, es preciso decir también que el libro es una contribución importante no solo a la historia intelectual de Fanon, sino a la comprensión del período de las independencias africanas como campo en el que se pusieron en primer plano problemas que aún hoy están lejos de haber sido resueltos. Eso marca, sin duda, una de las razones por las que Fanon continúa apareciendo como nuestro contemporáneo.

Finalmente, es necesario señalar el carácter metodológico que vertebra el trabajo. Shatz trabaja con archivos, correspondencia, entrevistas y una bibliografía secundaria extraordinariamente amplia. Sin embargo, quisiera decirlo con claridad: el gesto central no es el del acumulador de evidencias, sino el del lector que busca en cada documento la capilaridad de los procesos históricos. El cuaderno de profesor azul que Fanon llevó en su viaje por África occidental en 1960, conservado en el Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine, en Normandía, funciona en esta biografía de modo semejante a como funciona el bisabuelo de Laura Catelli en *Arqueología del mestizaje*, es decir, como un registro mínimo que permite hacer pivotar una pregunta que interpela el presente.[5] Tenerlo en las manos sesenta años después, escribe Shatz, "es estar frente a los pensamientos de un moribundo". Según Shatz, Fanon no sabía que padecía leucemia, aunque tanto Alice Cherki como Joby Fanon señalan que en los últimos años seguía de cerca la evolución de su enfermedad. Lo que es seguro es que no sabía que moriría ese mismo año en un hospital de Maryland, en el corazón del imperio que tanto había combatido.[6]

Lo que ese detalle minúsculo conecta –la escritura íntima, la conciencia histórica, el cuerpo que se apaga– es el argumento de toda la obra. Entonces, podría decirse que la obra de Fanon no puede separarse de la vida que la produjo, y que esa vida fue, en todos sus tramos, un interrogante sostenido sobre la posibilidad de ser libre en un mundo hecho para negarlo.[7]

Alejandro De Oto
Universidad Nacional
de San Juan / CONICET

[5] Recomiendo este libro porque hay una resonancia en la misma operación. Laura Catelli, *Arqueología del mestizaje: colonialismo y racialización*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, CLACSO, 2020.

[6] Schatz, *La clínica rebelde*, pp. 15-16.
[7] *Ibid.*, p. 20